

PREPUBLICACIÓN 'LA SACUDIDA ÁRABE'

AFF / MOHAMMED ABED



Manifestantes antigubernamentales reposan junto a un tanque en la plaza Tahrir de El Cairo, en febrero del 2011.

Y los islamistas tomaron el mando

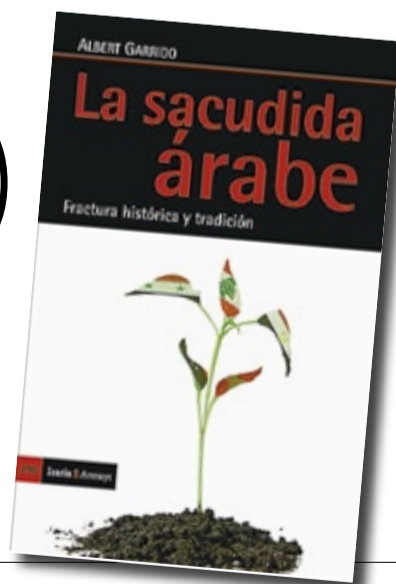
Dos años después de las revueltas árabes, este libro analiza por qué la revolución no acabó siendo laica y ausculta un proceso lleno de incógnitas que no ha escrito su final.

POR **ALBERT GARRIDO**

En comparación con la efervescencia islamista inmediatamente posterior a la caída de los dictadores del norte de África y a la ebullición social en otras muchas sociedades árabes, el frente laico proyectó una imagen de mayor debilidad que la percibida durante las semanas que mediaron entre las manifestaciones en Túnez y la caída

de Mubarak en Egipto. La idea apresuradamente difundida en Occidente de que el islamismo tenía una influencia menor en el proceso en curso fue rápidamente desmentida por los hechos y, por el contrario, como ha quedado dicho, la eficacia organizativa de los islamistas moderados se hizo patente. Efectivamente, las sociedades árabes perdieron el miedo, se sintieron capacitadas para discutir la supremacía al poder mafio-

La influencia islamista no significa que el viaje acabe en un régimen a la iraní



so y a los clanes familiares, pero la batalla por la dignidad (Tahar ben Jelloun) no se tradujo estrictamente en una reivindicación de los valores republicanos (Sami Naïr) sin connotaciones confesionales. (...)

Hablar de influencia islamista no significa que el viaje que empezó a principios de 2011 tenga su estación de destino en repúblicas islámicas a la iraní. Significa, en cambio, que los valores laicos que animaron el ini-

cio de las revueltas quedan mediatizados por el islamismo político. El vaticinio de Javier Solana -«**el modelo que escoja Egipto fijará el de toda la región**»-, compartido por la mayoría de politólogos, se cumple en todos sus términos. Egipto es el componente central y determinante de las primaveras árabes, y en Egipto la agenda política la marcan el presidente Mohamed Morsi y los Hermanos Musulmanes -con la anuencia del Ejército- mediante una doble legitimación electoral: la victoria en las legislativas de 2011 del Partido de la Libertad y la Justicia -marca electoral de la Hermandad, 36,6%-, y la de Morsi en las presidenciales del año siguiente. A lo que hay que añadir el resultado cosechado por el partido salafista Al Nur en las legislativas -24,3%-, corregido a la baja en las presidenciales. Por el contrario, la comparecencia electoral del frente laico en orden disperso no hizo más que subrayar la debilidad de las fuerzas no confesionales, salvo los herederos teóricos del naserismo, agavillados por Hamdin Sabahi en el Partido Dignidad.

Muchos analistas quedaron deslumbrados por las imágenes de la avenida de Habib Burguiba en Túnez y de la plaza de Tahrir en El Cairo, pero a la postre fueron desmentidos por los acontecimientos. Quienes se apresuraron a realizar sondeos de urgencia en Egipto llegaron a conclusiones que hoy resultan sorpren-